

ZELANDA.

Si antes de que yo me hubiera determinado á hacer un viaje á Holanda, un profesor cualquiera de geografia me hubiese detenido á la vuelta de una esquina, preguntándome bruscamente:—¿Dónde está la Zelanda?—me quedaria sin responder palabra, y no creo engañarme suponiendo que buen número de mis compatriotas, á quienes se hiciese la misma pregunta, no responderian al pronto. Para los mismos holandeses, la Zelanda tiene algo de misterioso, muy pocos han estado en ella, y los más de éstos no han hecho más que atravesarla embarcados; de ahí que se hable de ella rara vez y como de un país lejano. Por las primeras palabras que oí á los viajeros que embarcaron conmigo á bordo, casi todos belgas y holandeses, comprendí que tambien ellos veian aquella provincia por primera vez; así es, que todos estábamos llenos de curiosidad y aún no habia partido el buque, cuando ya habíamos trabado conversacion y nos aguijoneábamos recíprocamente

la curiosidad con preguntas á las que ninguno sabia contestar.

Al despuntar el sol partió la embarcacion; gozamos un rato de la vista del campanario de Amberes, hecho de encaje de Malinas, como decia Napoleon I, que estaba enamorado de él; y despues de haber tocado en el fuerte de Lille y en la poblacion de Doel, salimos de la Bélgica y entramos en la Zelanda.

En el momento que se pasa por primera vez la frontera de un Estado, aunque se sepa que el espectáculo no cambia al pronto, se mira en torno con curiosidad, como si todo debiera haber variado; así es que todos se apoyaron en las bandas del barco como para asistir á la aparicion repentina de la Zelanda.

La curiosidad continuó algun tiempo engañada; no se veia más que las márgenes planas y verdes del Escalda, ancho como un brazo de mar, y sembrado de bancos de arena, en los que detenian su vuelo bandadas de gaviotas que daban agudos gritos, el cielo purísimo no parecia cielo de Holanda.

Navegábamos entre la isla de Zuid-Beveland y la faja de tierra que forma la orilla izquierda del Escalda, llamada Flandes de los Estados ó Flandes Zelandés.

La historia de esta lengua de tierra es curiosa. Para el extranjero que entra en Holanda, es

como la primera página de la gran epopeya que se titula: La lucha con el mar. En la Edad Media no era más que un vasto golfo con algunos islotes. Este golfo ya no existía á principios del siglo XVI; con cuatrocientos años de trabajo lo habían transformado en una fértil llanura defendida por diques, surcada de canales y llena de pueblos, que se llamaba Flandes Zelandesa. Cuando estalló la guerra de la Independencia, antes de ceder los habitantes su tierra á los ejércitos españoles, abrieron los diques, penetró el mar, y destruyendo en un día la obra de cuatro siglos, volvió á formar el golfo de la Edad Media. Terminada la guerra de la Independencia, volvieron á comenzar los trabajos de desecación, y trescientos años despues la Flandes Zelandesa volvió á ver el sol, y fué restituida al continente como una hija necesitada. Así, en Holanda las tierras surgen, desaparecen y reaparecen á semejanza de los reinos de los cuentos árabes, al contacto de las varillas de los magos. La Flandes Zelandesa, dividida de la Flandes Belga por la doble barrera política y religiosa, y separada de Holanda por el Escalda, conserva las costumbres, las creencias y el sello intacto del siglo XVI. Las tradiciones de la guerra con España están aún vivas y frescas como un suceso de la época. La tierra es fértil, los habitantes gozan de una prosperidad extraordinaria, tienen costumbres severas, escuelas é imprentas,

y así viven en paz, en su pedazo de pátria renacida ayer, hasta el día que el mar vuelva á pedir-la para sepultarla tercera vez. Un belga, compañero mio de viaje, que me dió estas noticias, me hizo notar que cuando los habitantes de la Flandes Zelandesa inundaron sus tierras, aunque ya sublevados contra la dominacion española, eran todavía católicos, y por consiguiente habíase dado en aquella provincia el extraño caso de hundirse católica en el agua y salir protestante á flote.

El buque, con gran admiracion mia, en lugar de seguir descendiendo el Escalda para dar la vuelta á la isla de Zuid-Beveland, penetró en ella enfilando un estrecho canal que le atraviesa de lado á lado, ó mejor dicho, la divide en dos, y así reúne los dos brazos del rio que forman la misma isla.

Era el primer canal holandés por que pasaba; así es que la impresion fué nueva. El canal tenía á ambos lados dos altos diques que ocultaban la campiña; el barco andaba como á escondidas, como si hubiera tomado aquel camino de travesía para salir de improviso á espaldas de alguien; y no habiendo ni una barca en el canal, ni un sér viviente en los diques, la soledad y el silencio daban á aquella excursion oculta todo el aire de una traicion de piratas.

Al salir del canal, entramos en el brazo oriental del Escalda.

Estábamos en el corazon de Zelanda. A la de-

recha teníamos la isla de Tholen; á la izquierda la isla de Noord-Beveland; detrás la de Zuid-Beveland y delante la de Schouwen. A excepcion de la de Valquerem, se veian todas las principales islas del archipiélago misterioso.

Pero en esto consiste el misterio: aquellas islas no se veian, se adivinaban. A derecha é izquierda del anchuroso rio y delante y detrás del buque, no se veia más que la línea recta de los diques, como una faja verde á flor de agua, y aquí y allá, detrás de esta faja, copas de árboles, veletas de campanarios y chimeneas encarnadas, que parecia que asomaban la cabeza para vernos pasar. Ni una colina, ni un monton de tierra, ni una casa descubierta por ninguna parte; todo estaba escondido, todo parecia sumergido en el agua; parecia que aquellas islas estaban á punto de hundirse en el rio, y se miraba ora á una, ora á otra, como para asegurarse de que aún no lo estaban. Parecia que se atravesaba un país en el dia del diluvio y se gozaba al pensar que se iba en un buque. De cuando en cuando se detenía la embarcacion y algun pasajero zelandés embarcaba en un bote que se dirigia á la orilla. Aunque yo tenia curiosidad por ver la Zelanda, miraba sin embargo á aquella gente con cierta compasion, como si aquellas que parecian islas no fuesen sino ballenas monstruosas, que debiesen sumergirse en el agua al acercarse la barca.

El capitán del buque que era holandés, al pasar á mi lado, se detuvo á mirar un pequeño mapa de Zelanda que yo tenia en la mano; yo agarré la ocasion por los cabellos y lo llené de preguntas. Por fortuna para mí, habia dado con uno de los pocos holandeses que tienen de comun con nosotros los latinos, la debilidad de amar el sonido de la propia voz.

«Aquí en Zelanda», —me dijo con la seriedad de un maestro que enseña la leccion,—«los diques, más que en otras provincias, son cuestion de vida ó muerte. Durante la marea alta, toda la Zelanda está más baja que las aguas. Por cada dique que se rompiese, desaparecería una isla. Lo grave es que el dique no tiene que resistir solamente el empuje directo de la ola, sino tambien á otra fuerza aún más peligrosa. Los rios se lanzan hácia el mar, el mar se lanza contra los rios, y en esta continua lucha se forman corrientes bajas que corroen la base del dique hasta hacerlo hundirse de repente como haria una mina en una muralla. Los zelandeses tienen que estar continuamente alerta. Cuando un dique está en peligro, hacen otro más adentro, y esperan detrás de él el asalto de las aguas, y así ganan tiempo; y ó bien rehacen el primer dique ó van retrocediendo de fortaleza en fortaleza, hasta que se desvia la corriente y están á salvo.»

«¿Y no podría acontecer,» dije yo ávido de no-

ticias poéticas, "que algun día dejase de existir la Zelanda?"

"Todo lo contrario," respondió con sentimiento mio; "puede llegar día en que la Zelanda no sea archipiélago sino tierra firme. El Escalda y el Mosa llevan lodo que queda en el fondo del mar y que, elevándose poco á poco, engrandece las islas y encierra en la tierra ciudades y pueblos que estaban en el litoral y tenían sus puertos. Axel, Goes, Veere, Arneminden, Middelburg, eran ciudades marítimas y ahora son terrestres. Llegará, pues, un día en que, entre las islas de Zelanda, no pasarán ya las aguas de los rios y se extenderá una red de caminos de hierro por todo el país, que estará unido al continente como ya lo está la isla de Zuid-Beveland. La Zelanda se engrandece en su lucha con el mar. El mar podrá conseguir algo en otros sitios de Holanda; pero aquí lleva la peor parte. Ya conoce las armas de Zelanda: un leon que nada y encima esta leyenda: "*Luctor et emergo.*"

Al llegar aquí, permaneció callado un momento, y brilló en sus ojos un rayo de orgullo que se apagó pronto; despues continuó diciendo con la misma gravedad:

"*Emergo*; pero no se sumerge siempre. Todas las islas de Zelanda, una tras otra, durmieron más ó ménos tiempo debajo del agua. Hace tres siglos la isla de Schouwen fué inundada por el

mar, que anegó los habitantes y los ganados y la convirtió en un desierto. La isla de Noord-Beveland, se sumergió toda, poco tiempo despues, y durante algunos años no se veía fuera del agua más que las puntas de los campanarios. La isla de Zuid-Beveland, sufrió la misma suerte hácia la mitad del siglo XIV. La isla de Tholen sufrió la misma suerte en este mismo siglo, en 1825; la de Walcheren lo mismo, en 1808, y en la ciudad de Middelburg, su capital, que está á algunas millas de distancia de la costa, llegó el agua á los tejados."

Al oír hablar siempre de agua, de inundaciones, de países sumergidos, me parecia extraño no haberme ahogado todavía. Pregunté al capitán qué clase de gente era aquella que estaba en aquel país invisible con el agua debajo de los piés y sobre su cabeza.

"Labradores y pastores," me contestó. "Nosotros decimos que la Zelanda es un grupo de fortalezas defendidas por una guarnicion de agricultores y pastores. La Zelanda es, en cuestion de agricultura, la provincia más rica de los Países-Bajos. La tierra de aluvion de estas islas es de maravillosa fertilidad. El trigo, la rubia y el lino, se dan como en muy pocas partes. Hay ganados admirables y colosales caballos, aún más grandes que los caballos flamencos. El pueblo es de buen aspecto y fuerte, conserva sus antiguas costum-

bres y vive contento, próspero y tranquilo. La Zelanda es un paraíso escondido.»

Mientras el capitán decía esto, la embarcación entraba en el canal de Keete, que separa la isla de Tholen de la de Schouwen, y es famoso por el vado de los españoles en 1575, como lo es el brazo oriental del Escalda por el vado de 1572. Toda la Zelanda está llena de recuerdos de aquella guerra. Este pequeño archipiélago de arena, medio sepultado en el mar, no solo por las amistades particulares que allí conservaba Guillermo de Orange, antiguo señor de muchas tierras en las islas, sino también por los obstáculos de todo género que oponía al invasor, era el foco de la guerra y de la herejía, y el duque de Alba enloquecía por apoderarse de él. De aquí que acaecieran en aquellas orillas peleas encarnizadas, que reunían los horrores de las batallas de tierra y de mar. Los soldados vadeaban los canales de noche, oprimidos unos contra otros, con el agua al cuello, amenazados por la marea, azotados por la lluvia y abrasados á balazos desde las orillas; los caballos y los artilleros se hundían en el fango; los heridos eran envueltos por la corriente ó sepultados vivos en los remolinos; el aire resonaba de voces alemanas, españolas, italianas, flamencas y walonas; las antorchas iluminaban acá y allá los grandes arcabuces, los lujosos penachos, los rostros extraños y las batallas parecían fune-

rales fantásticos; y eran en verdad los funerales de la gran monarquía española, que se ahogaba lentamente en las aguas de Holanda, cubierta de maldiciones y de lodo. El que tenga el pecado de orgullosa ternura por España, si quiere enmendarse no tiene más que ir á Holanda. Jamás han existido dos pueblos que tuvieran mayor número de razones para odiarse con toda su alma, y que hayan hecho valer con más rabia tales razones. Me acuerdo, para hacer ver uno de los mil contrastes entre ambos pueblos, de la impresión que me hacía oír hablar de Felipe II en términos tan diferentes de aquellos en que había oído hablar pocos meses antes al otro lado de los Pirineos. Lo ménos que se le llamaba en España era *gran rey*; en Holanda, *tirano bellaco*.

El barco penetró entre la isla de Schouwen y el islote de San Philipsland, y á los pocos minutos desembocó en el ancho brazo del Mosa, llamado Krammer, que separa la isla Overflakkee del continente. Parecía que íbamos navegando por una cadena de grandes lagos. Las orillas estaban distantes y ofrecían aún el aspecto de las márgenes del Escalda: diques hasta donde alcanzaba la vista, y detrás de los diques copas de árboles, puntas de campanarios y tejados de casas ocultas que daban al paisaje cierto aire de misterio y de soledad. Tan solo en algún resalte de las orillas, que formaba como una brecha en los inmensos

bastiones de las islas, se veían como un boceto de paisaje holandés, una casita pintada, un molino de viento y una barca, que parecían la revelación de un secreto, hecha para despertar la curiosidad de los viajeros y burlarla apenas despierta.

De pronto, al acercarme á la proa, donde estaban los departamentos de tercera clase, hice un agradabilísimo descubrimiento. Había allí un grupo de aldeanos, hombres y mujeres, vestidos á la usanza zelandesa, no recuerdo de qué isla, porque el trage varía entre ellas como varía el dialecto, compuesto de holandés y de flamenco, si esto puede decirse de dos lenguas que tienen pequenísimas diferencias entre sí. Los hombres iban todos vestidos del mismo modo. Llevaban sombrero redondo de fieltro con gran cinta bordada; una chaqueta de paño oscuro que apenas cubría los costados, abierta de modo que dejaba ver una especie de chaleco de listas rojas, amarillas y verdes, cerrado en el pecho por una hilera de botones de plata, unidos uno al otro como los eslabones de una cadena; calzones de paño del mismo color de la chaqueta sujetos á la cintura por un cinturón provisto de una gran hebilla de plata cincelada; y por último, corbata encarnada y medias de lana hasta la rodilla. En suma, algo curas de cintura abajo, y de cintura arriba algo arlequines. Uno de ellos tenía por botones monedas, costumbre bastante común. Las mujeres gastaban sombreros de paja

de la forma de un cono truncado, muy alto, que parecía una banqueta del revés, alrededor del cual revoloteaban anchas cintas azules; un cuerpo de color oscuro, abierto en el pecho, que dejaba ver una camisa blanca bordada; los brazos desnudos hasta el codo y dos enormes pendientes de oro ó dorados, de extravagante forma, que se adelantaban hasta las mejillas. Por más que hacia esfuerzos para hacer lo que hace Víctor Hugo de viaje, *admirarlo todo como un bruto*, no pude llegar á convencerme de la belleza de aquel modo de vestir. Pero ya estaba yo preparado á esta suerte de contrariedades. Ya sabía que á Holanda se vá á ver más nuevo que bello y tanto bueno como nuevo; por eso estaba más predispuesto á la observación que al entusiasmo. De aquella primera impresión, poco agradable á mi gusto pintoresco, me consolé pensando que seguramente todos aquellos aldeanos sabían leer y escribir, que quizá la noche anterior habían estudiado de memoria una canción de su gran poeta Jacobo Catz, y que probablemente se encaminaban con su programa en el bolsillo á alguna junta rural, donde tomarían la palabra para refutar con los argumentos de su modesta experiencia las proposiciones de algún docto agrónomo de Goes ó de Middelburg. Luis Guicciardini, gentil-hombre florentino, autor de una hermosa obra sobre los Países-Bajos, impresa en Amberes en el siglo XVI, dice que en Zelanda